

LA LUZ DEL PORVENIR

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos,
y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2. En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—Dos cartas y una comunicacion.—A Garcia Vao.

DOS CARTAS Y UNA COMUNICACION

I

El 29 de Mayo del año 1886: se publicaron en las «Dominicales del libre Pensamiento» dos cartas que copiarémos, porque parece que están enlazadas á una comunicacion parlante que escuchamos el 4 de Junio último en el Círculo Espiritista de «La Buena Nueva» en la villa de Gracia, dada por un buen Médium; respondiendo tan perfectamente á las dos cartas á que hacemos referencia, que bien se puede decir que es el eco repitiendo en Cataluña lo que se dijo quien sabe donde.

En dicha comunicacion se demuestra la fatal influencia que ejercen en el espíritu las intransijencias de las religiones, desatando los lazos más fuertes que puede haber en la tierra, como son el inmenso amor de una madre y la ternura de un buen hijo.

¡Oh! si, la intolerancia religiosa trunca las leyes de la naturaleza, y al truncarlas, deja en los espíritus una huella indeleble de ódios, de rencores, y el ódio empequeñece tanto al espíritu, que el sabio más profundo, el hombre de más sentimiento, adquiere una dosis tan crecida de ruindad y de bajeza, que á pesar de hallarse en el espacio conociendo y admirando las grandezas y las maravillas de la Creación, conserva un recuerdo imperecedero de lo que sufrió en la tierra, y aunque perdona al ofensor, no olvida la ofensa; ésta, á semejanza de una profunda herida que al menor esfuerzo entreabre sus cárdenos lábios y destila sangre ennegrecida, de igual modo la ofensa no olvidada, destila indignacion y vivísimos reproches siempre que las reminiscencias prestan calor y vida al pasado.

Copiaremos las dos cartas de «Las Dominicales» y á continuacion insertaremos la comunicacion de Luigi Salvi.

II

CARTA DE MI MADRE.

X.... (España), Mayo 1886.

Estimado hijo: Hemos sabido por tu primo que estás empedernido, que eres un hereje, lector del endemoniado periódico *Las Dominicales*, que todos los señores obispos han excomulgado, y que has tenido la avilantez de insertar en él una carta, diciendo que eres como ellos libre-pensador, y que no has cumplido este año con el precepto, y que no entras para nada en la santa Iglesia, burlándote de la religion y de sus ministros. Hijo; más quisiera verte muerto que saber estás condenado en vida



á las penas eternas del infierno, adonde arderás sin remisión por toda una eternidad. Hijo; si no te arrepientes en seguida, y haces pública abjuración de tus herejías, y mucha penitencia, no cuentes con nada de tu madre; te desheredaré en mi testamento, y te aborreceré tanto como te he amado; porque el que escarnece la santa religión de su madre, es un vil, que me avergüenzo de tenerle por hijo, y le maldigo. Si no es para pedirme perdón, no me escribas ni te presentes jamás delante de mi vista. Ni se acordará más de tal hijo, tu madre, *María*.

III

CARTA A MI MADRE.

S... (*Africa*), Mayo 1886.

Mi siempre queridísima madre: La carta que me ha escrito me ha hecho derramar tantas lágrimas, que ya es imposible descifrar en sus borrosos renglones las crueldades que para mí contienen. Pero no he llorado de arrepentimiento, sino de pena. Es tan grande la que tengo, que el llanto no me deja ver lo que la escribo con mano temblorosa. Arrepentimiento no tengo ninguno, porque mi conciencia me dice que nada malo he hecho ni hago, y que por ser libre-pensador, antes merezco alabanzas que vituperios.

Sí, madre mia. Leo el periódico *Las Dominicales* y le he enviado una carta de adhesión, no oigo misa, no entro para nada en la Iglesia, no he cumplido con el precepto, no soy católico, en una palabra. Nunca se lo hubiera dicho, pero no quiero cometer el pecado de mentirle, ya que lo sabe por mi primo: Dios le perdone la mala intención con que lo ha hecho, que no es otra que la de sustituirme en la herencia. Y sepa, que si la he ocultado mis opiniones, no es porque me avergüence de tenerlas, no madre mia, sino por no disgustarla; porque comprendo que dada su edad y su educación y su grande amistad con los clérigos no habia de mirar usted bien que fuese yo libre-pensador y republicano. Al ver ahora por una delación villana que sabe usted lo que yo por amor la ocultaba, y que maldice y promete aborrecerme si sigo resuelto en mis convicciones, debo declararla con mucho dolor, pero tambien con mucha firmeza, que seria yo otro miserable como el delator, si fingiese que soy católico, por darla á usted gusto, como lo finge él, que cree tanto como yo en los misterios, los milagros y los sacramentos, aunque aparenta lo contrario, porque, como él dice, es mas útil.

Jamás me consolaré, si llevando á cabo su amenaza, que más que nacida de su corazón, la considero consejo de su confesor, me retira usted su cariño, y lo que es más atroz, llega á aborrecer al hijo de sus entrañas que con tan grande amor la ama. Pero no espere usted de mí que la mienta, prometiéndola lo que no puedo cumplir, porque de hacerlo seria un miserable engañador de usted, y del mundo y de mí mismo. Yo no soy libre-pensador porque quiera serlo, ni por hacer alardes, ni por seguir la moda, ni menos por disgustarla á usted, que esto seria horrible: lo soy porque no puedo remediarlo, porque la razón me lo dicta y la conciencia me lo impone, y no tengo fuerzas para desoir mi razón ni tampoco para negar mi conciencia. No me quiera usted mal por esto; yo le juro á usted que al ser libre-pensador soy mejor que cuando era católico; amo más á Dios y tambien á usted, porque veo con más claridad que antes cuán grande, y bueno, y sábio, y justo es Dios, y cuánto agradecimiento y respeto le debo por los desvelos, y las penas, y trabajos que la causé en mi infancia. Desherédeme si gusta: ningun sentimiento me causa esto; qué hasta más honrado encuentro deberme á mí mismo la riqueza, que no recibirla de

papel que viene á ser una mortaja: lo que yo quiero de usted, lo que la pido de rodillas y llorando amargamente, es que me ame, que no me aborrezca, que no me maldiga.

La han engañado á usted, madre mía, la han engañado miserablemente, los que la han dicho que ser libre-pensador es cosa mala. Por el contrario, es cosa excelente. Yo, desde que lo soy, me creo obligado á penetrar la razón de las cosas, y no hacerlas, como las hacia antes, por rutina y costumbre, sin fijarme en si eran buenas ó eran malas. Ahora no hago aquello que yo, despues de reflexionarlo bien, veo que no tiene fundamento, ni produce bien alguno. Por esto no voy á misa á la Iglesia, ni digo retahila de *ave-marias* rezando el rosario: mis oraciones las hago en la soledad de mi cuarto y mentalmente, ó ante los cielos, cuando salgo á paseo. Por esto no reconozco para nada autoridad sobre mí á los curas; pues, además de haber aprendido que lo que dicen no es verdad, ni tiene fundamento, son muchos de ellos peores que yo: lo que llaman su religión es su oficio, que les produce el comer; lo que yo considero mi religión, es tan sagrado y puro, que solo la idea del interés del dinero lo empaña, lo ensucia, lo envilece. Nunca más me confesaré con ellos, ni volveré á la rutina de cometer pecados todo un año, para que me los perdone en un minuto, por la Pascua un sacerdote de tantas y cuantas pesetas de sueldo, de tal ó cual categoría. Los muchos pecados suyos querrian poderse perdonar: lo que es los míos tengo por seguro que solo Dios, en su misericordia, me los puede perdonar, y con él me confieso en el fondo de mi conciencia.

No me aborrezca por esta franqueza á que obligan, usted con su carta, mi mal primo con su delación y el párroco de ese pueblo con sus intenciones perversas. Porque yo no dudo que los dos son los que han dictado á usted la carta que tanto me ha hecho llorar. Considere, madre mía, si pueden ser hombres de bien los que con sus consejos pretenden desnaturalizar los sentimientos de usted, hasta el punto de hacerla aborrecer y maldecir al hijo de sus entrañas. Piense que á ese cura, que se dice ministro y representante en la tierra de un Dios de paz, le hemos visto usted y yo entrar en nuestra corralada á caballo, ceñido á la cintura un espadón, colgado al hombro el descomunal trabuco; en el arzón los viejos pistolones, y tintas las manos en sangre de liberales. ¿Recuerda usted aquella noche en que nos contó al amor de la lumbre, que acababa de saltar la tapa de los sesos á un pobrecito soldado republicano? ¿Recuerda usted cómo enseñaba al reírse sus blancos dientes de fiera, cuando refería que el infeliz soldadillo le suplicaba por *amor de Dios* que le perdonase la vida, para poder sostener á su madre anciana? Desde entonces le aborrezco, y desprecio la religión que engendra tales mónstruos; no bajaré yo la cabeza ante ese malvado; no besaré yo jamás esa mano que ví horrorizado salpicada por los sesos de un inocente. Si consigue robarme el amor y la herencia de mi madre, no podré aborrecerle más de lo que le aborrezco; pero no le perdonaré, como estaba dispuesto á perdonarle; no cometerá más crímenes impunemente: yo se lo fío. Usted, madre mia, cuente eternamente con mi amor; ni aun el verla juguete de esos miserables, puede lograr que disminuya el acendrado cariño que la profeso.

Una advertencia la hago. No dé usted á leer esta carta, sea lo que quiera lo que sobre mi resuelva, ni al cura ni á mi primo; de ella sacarian argumentos para que pareciese razonable entre esas gentes ignorantes la monstruosidad de aborrecer una madre á su hijo por motivos de opinión. Y un favor la pido, hincado de rodillas: que no haga usted testamento en favor del primo, ya que malas leyes la permiten desheredarme, sino muy secretamente y de modo que él no sepa, hasta despues de usted fallecer, que el es su heredero. Temo que ese miserable hipócrita, por codicia, la acortase á usted los dias, que yo pido al Dios del libre-pensamiento, que es un Dios

de todos los hombres, sin iras, sin venganzas, sin partidos políticos, sin elegidos ni réprobos, sin clérigos y seculares, que sean tantos sobre la tierra que baje yo antes á su seno que usted, para no experimentar el horrible dolor de oír la maldecirme en sus últimos momentos.

Adios, madre mía: haga V. lo que quiera conmigo, yo la amaré y la respetaré siempre: yo la obedeceré sumisamente en todas las cosas razonables: yo la beso con toda humildad los piés: porque á todo esto me obliga, pero no á mentirla, mi religión nueva, la religión del libre pensamiento. Su apenado y amante hijo.—*José,*

IV.

«¡Día de la Ascensión! ¡hermoso día! no por lo que significa en la historia religiosa, nó; es hermoso porque la naturaleza en algunas latitudes de la tierra, ha dejado su blanco velo de desposada formado por las nieves, las escarchas y las brumas; los esqueletos de los bosques se han rejuvenecido cubriéndose con un manto de verdes hojas, las praderas se han engalanado con innumerables florecillas, y por todas partes se encuentra la vegetación embelleciendo valles, collados, colinas, márgenes y hondonadas. ¡Qué hermosa es la primavera! todo lo cubre de flores, es el amor del tiempo que se complace en ver sonreír á la Creación: ¡cuántos recuerdos tiene para mí la primavera! y sobre todo el día de la Ascensión.»

«Mi madre, mujer ignorante, pero cándida, sencilla, inocente, me llevaba en ese día á la Iglesia con un traje parecido al de los ángeles, se complacía en peinar cuidadosamente mi negra cabellera que en rizos de azabache caía sobre mis hombros. Yo era en ese día uno de los niños más bellos que entraba en el templo, y mi madre la mujer que en la Iglesia rezaba con más fé, y mientras mi madre rezaba yo reflexionaba, (mucho antes de cumplir diez años) sobre las hipócritas preferencias de que yo era objeto por parte de los sacerdotes.

«Siendo yo hijo único y mi madre viuda, poseyendo esta una buena fortuna, siempre iba yo muy bien vestido, y en la Iglesia, en todas las ceremonias que se necesitaban algunos niños para acompañar al Prelado, me elegían á mí el primero y á otros niños ricos; y nunca á mi amigo Paolo Francesco, que era huérfano y pobre, pero más hermoso que todos los ángeles de los altares góticos y bisantinos.

—«¿Por qué (le decía yo á mi madre), me eligen á mí, que en comparación de Paolo soy feo, y no á él, que sabe ayudar á misa mucho mejor que yo, y que es tan complaciente y tan amable que ayuda al sacristán en todo cuanto le manda? ¿por qué hacen esa injusticia con él?

—Porque va sucio y mal vestido, (decía mi madre.)

—¿Pero con qué se sirve á Dios? ¿con qué, madre mia? con el traje ó con el corazón?

Déjate de argumentar muchacho, cuando los sacerdotes lo hacen, bien hecho está.»

«No lo está, decía mi razón; este niño pobre desvalido, que no tiene madre que le cuide sus hermosos cabellos, ni le compre bonitos vestidos, es el que más necesita de cariño y de protección; si la Iglesia le rechaza porque es desgraciado, la Iglesia es una madastra para los huérfanos.»

«Transcurrieron los años, y siguió una guerra sorda entre mi madre y yo; ésta me quería mucho, pero quería más á su religión, mis consejos y mis reflexiones no la conveucian, y en cambio una leve advertencia de su confesor era una ley para ella.»

«Llegué á cumplir, quince años, me dijo mi madre el día de la Ascension.—Hoy me acompañarás á la Iglesia que vá á predicar un santo, escucha bien sus palabras, que solo de él espero tu conversión.»

«Fuí con mi madre al templo, me coloqué frente al púlpito, y no perdí una frase del discurso que pronunció el célebre orador.»

«Era verdaderamente una notabilidad, su lenguaje escogido y castizo, sus bellas imágenes atraían, en la forma era irreprochable, pero en el fondo. ¡Ah! cuanto le dejó a mi razón que desear!.....»

«Después que pintó á grandes rasgos la grandeza y solemnidad del día, el descendimiento de Jesús en *cuerpo y alma*, á la tierra, y su ascensión á los cielos, diciendo entre otras cosas: que Cristo, viendo la desesperación de la Magdalena, que no tenía consuelo, descendió á este mundo en *cuerpo y alma* para decirle:—Mujer, no llóres, yo viviré eternamente á la diestra de mi padre, y desde el Empíreo te enviaré mi hálito de vida.»

«Y viendo á la vez que Juan y Pedro estaban aturridos con su muerte, se apareció también á ellos, haciéndoles presente que no olvidarían sus enseñanzas, y que imitándole, sin temor al martirio, recorrieran la tierra predicando la verdad de los gentiles. Y después como aromática nube envolvió la cruz que le sirviera de cadalso y en ráfagas de luz se elevó al cielo dejando el infamante madero cubierto de flores.»

«Esta fué la síntesis del sermón que escuché atentamente, y cuando salimos de la Iglesia, me dijo mi madre con aire de triunfo »

—«Qué me dices de lo que has oído?»

—«Qué te he de decir madre mia, que ese hombre habla muy bien, pero razona muy mal.»

—¿Qué estás diciendo?»

—«Lo que siento, dice que Jesús bajó de nuevo á la tierra en *cuerpo y alma* para consolar á la Magdalena en su desesperación y aconsejar á dos de sus atribulados discípulos que siguieran sus huellas, y ni un solo recuerdo le concede á Jesús para su madre, para aquella mujer sin ventura que llorando al pié de la Cruz, ha inspirado á todos los poetas, y ha hecho sentir á todos los artistas el inmenso dolor de la soledad, y yo madre mia sin ser Jesús, si pudiera después de mi muerte volver á la tierra, sería principalmente para consolarte porque una buena madre nunca se consuela de la pérdida de su hijo. Ese predicador madre mia no ha comprendido la grandeza de Jesús, te ha confundido con un hombre ingrato, que ingrato es todo aquel que no comprende lo mucho que le debe á su madre.»

—«Bien dice mi confesor que eres un hereje y causarás mi muerte con tu ateísmo.»

—«No madre mia; sí, yo seguiré las prácticas de tu religión, yo rezaré tu credo, pero no preguntes á mi razón, porque esta siempre te dirá que creo en Dios pero no en sus sacerdotes.»

V.

«Durante cinco años siguió entre mi madre su confesor y yo, una lucha sorda que se fué acentuando cada día más, porque mis estudios en jurisprudencia y en otras materias distintas, me dieron conocimientos suficientes para saber apreciar en lo que valían las farsas religiosas, ví la intención del confesor de mi madre, que era conseguir que me desheredara la que un día me llevó en su seno. Mis presentimientos no salieron fallidos, el día que cumplí veinte años, me entregó mi madre una cantidad en metálico no muy crecida, y me dijo, que necesitando preparar su alma para emprender su eterno viaje, quería vivir en paz y en gracia de Dios; lo que no podía conseguir teniendo á su lado un hereje que leía todas las obras prohibidas y hacía la guerra á los ungidos del Señor; que me fuera de su casa pidiendo á la razón que me guiara, que ella necesitaba de la paz de la tierra y de la gloria del cielo; y acto se-

guido me ordenó que dispusiera del mobiliario de mi cuarto, porque aquel mismo día quería dejar su casa limpia de heréticas influencias.»

«Las palabras de mi madre cayeron sobre mi corazón como plomo derretido, tuve un momento de angustia horrible, se me espulsaba de la casa donde mi buen padre había exhalado su último suspiro, por el solo delito de pensar; no tenían otra falta de que acusarme, por que en todas las asignaturas de mis múltiples estudios tenía la nota de sobresaliente; no tenía ningún vicio, mi único afán era saber, mi sola distracción los libros, en ellos gastaba todo cuanto poseía, sin olvidar á cierto número de pobres, entre ellos á mi compañero de la infancia Paolo Francesco, artista místico, adorador de las Vírgenes de Murillo y de los frescos de Miguel Angel, alma de fuego envuelta en el velo de la pureza y de la castidad, pobre ser siempre humillado, que solo encontraba en mí, cariño y protección; y en un momento todo mi plan de vida, todos mis goces desaparecían para quedar reducido á la miseria.»

«Miré á mi madre y enmudecí, no tuve un reproche para aquella mujer que tantas veces se había complacido en ensortijar entre sus dedos mis negros cabellos, y había pasado tantas noches en vela para evitarme un segundo de llanto.»

«Inmediatamente abandoné mi hogar, y al verme solo en un pequeño aposento lloré sí; lloré con inmenso desconsuelo; había perdido á mi madre, y con ella mi fortuna, mi porvenir, y merecían ser llorados tantos bienes perdidos y tanta ingratitud.»

«Después busqué á mi amigo Paolo Francesco y le dije: Mira lo que hacen los servidores de tus templos, arrojan al cieno mi alma pura, ya no te puedo ser útil soy tan pobre como tú, pero no, yo soy más rico siempre que tú; por que si tú tienes inspiración para pintar madonas, yo tengo razón suficiente para conocer que esos cuadros y esas esculturas representando imágenes sagradas, solo sirven para estacionar á la humanidad.»

«El joven artista me estrechó en sus brazos y lloró la injusticia cometida con su mejor amigo, el no fué ingrato, su amistad fué el único lenitivo que encontré en mi orfandad.»

«Concluí mis estudios á costa de grandes sacrificios, y ejercí mi carrera de abogado dejando á mi madre que repartiera mis bienes entre monjas y frailes pero cuando supe que estaba en peligro de muerte, fui á mi casa para recoger su último suspiro y cerrar sus ojos, pero me negaron la entrada los frailes que velaban por su herencia. No desistí en mi empeño y envié á un notario amigo mio, que por medio de un ingenioso ardid consiguió llegar hasta el lecho de mi madre, haciéndole presente mi justo deseo, la enferma entonces dió órdenes terminantes y al fin conseguí verla y estrecharla contra mi corazón.»

«Al verse en mis brazos se arrepintió de su proceder, y revocó el testamento dejándome heredero de una pequeña parte de sus bienes legando á su confesor las mejores fincas que poseía; y aun aquella insignificante cantidad quiso disputármela el ministro de Dios acusándome de haber allanado y profanado el hogar de mis mayores, del cual me posesioné en contra de la voluntad de todos los familiares de mi madre, la que después de una horrible y prolongada agonía, murió en mis brazos cerrando yo sus ojos que en mi infancia habían sido mi cielo.»

«Los sicarios de la Iglesia no perdonan nunca; y una noche al volver á mi casa, recibí á traición una herida que me puso en peligro de muerte; mi amigo Paolo no me dejó ni un momento en los muchos días que estuve enfermo, y aconsejado por él, decidí dejar mi patria, mi hermosa Italia, trasladándome á España cuyo cielo tiene mucha semejanza con el que corona las torres de Nápoles y Florencia.»

«Paolo me siguió al poco tiempo, para morir en mis brazos. El inspirado artista murió negándolo todo menos mi cariño, la amarga realidad de la vida le hizo es-

céptico; su muerte dejó un vacío tan inmenso en mi corazón, que solo pudo llenarse con el amor de una esposa, que la escogí libre-pensadora, esa fué la cualidad que busqué con más empeño en la mujer que debía ser la madre de mis hijos.»

«La reflexión, la lucha que tuve que emprender para ganarme modestamente la subsistencia, me hicieron odiar á todos los servidores de la Iglesia, y á todas las mujeres sometidas á sus mandatos; la figura de mi madre adquirió tintas sombrías, y lo que toleré en vida, no lo perdoné en muerte; cuando veía á mis hijos careciendo á veces de lo necesario acusaba á mi madre de mi ruina y del sufrimiento de aquellos inocentes, recordaba mi patria mi hermosa Italia de la que tuve que huir como un criminal. ¿Y todo por qué? por el fanatismo, por la intolerancia de mi madre.»

«El tiempo que permanecí en la tierra, incubé en mi familia el odio á la casta sacerdotal, y cuando abandoné ese planeta, mis últimas palabras fueron éstas: Enterradme en cualquier parte menos en el lugar que llaman sagrado; arrojadme al mar si es necesario, pero que mi cuerpo no repose en la tierra que bendicen los impíos.»

«Mi esposa y mis hijos cumplieron mi mandato, y en el cementerio de los protestantes se disgregan mis restos.»

«Al darme cuenta de la continuidad de la vida, recibí un placer inmenso, por que podía continuar mi trabajo de socabar los cimientos de los templos católicos donde acuden las mujeres para embrutecerse, y secar la fuente de su sentimiento.»

«Cuando recuerdo, cuando considero el delirio que yo tenía por mi madre, que ella lo era todo para mí, y dominada por el fanatismo me separó de su lado, y pudo vivir sin mi presencia: la indignación se apodera de mi espíritu y juro odiar eternamente á la casta sacerdotal.»

«En cuanto á mi madre, no la he visto, ni la quiero ver tampoco, no la odio, pero no le perdono su ingratitud, me hizo sufrir mucho, me hizo padecer lo que no puedo explicar.»

«Por ella mis hijos han sufrido contrariedades que no debían sentir su enorme peso, por que yo legítimamente poseía una gran fortuna; por ella se exasperó mi carácter, por ella dudé de todo, por que el hombre que se ve rechazado por su madre, ¿á quien podrá pedirle fé y amor? A nadie; si una madre engaña, si una madre olvida, si una madre os arroja de sus brazos, ¿que podeis esperar de las afecciones humanas?»

«¡Religiones! ¡religiones! ¡teas incendiarias que reducís a cenizas los hogares domésticos! ¡madres fanáticas dominadas por avarientos confesores! caiga sobre vosotras el estigma de los racionalistas! y tú ¡RAZON! antorcha del progreso! ilumina la oscura senda que hoy recorre, la humanidad, y trabaja para que la familia se una y no haya desheredados en la tierra como lo fué

Lugui Salvi.»

VI.

He aquí las funestas consecuencias del fanatismo y de la intransigencia religiosa; el espíritu que ha dictado la anterior comunicación se vé que ama el progreso, pero profundamente herido abriga odios y rencores que le estacionan quizá centenares de siglos, porque el que perdona y no olvida, está dispuesto á odiar, se asemeja á una hoguera amortiguada que el menor soplo de viento la reanima, y lanza de nuevo chispas que producen el incendio.

Los espiritistas debemos procurar el difundir la luz de la verdad para evitar las desuniones de las familias, no imponiendo el espiritismo, pero si enseñando á tolerar y á respetar las creencias, y de ese modo dejarán todas las madres fanáticas de causar la desgracia de sus hijos.

A GARCÍA VAO (1)

¡Pobre García Vao!... Cuando la aurora
De la gloria esparcía sus fulgores
Sobre tu frente hermosa y soñadora
En cambiantes de luz y arcos de flores;
Cuando el pueblo en tu pluma redentor a
Buscaba un lenitivo á sus dolores,
La infamia se interpone en tu camino;
Y en unión de la infamia, un asesino.

*
**

Sueños de gloria y luz, en un momento
Trocó en dolor la cruel y artera mano
Del que emponzoña el aire con su aliento;
Siendo mezcla de tigre y ser humano.
Enemigos del *Libre-pensamiento*,
Quiereh la oscuridad; mas será en vano:
La luz, de tu alma seguirá las huellas,
Y logrará formar grupos de estrellas.

*
**

Grupos como el de un pueblo numeroso
Por el que ayer tu sangre derramaste,
Que al ver «La Encubridora,» presuroso
Te prodiga la gloria en que soñaste.
¡Bendito seas tú, que generoso
Por darle al pueblo vida, muerte hallaste!...;
Y hoy, que él su amor con lágrimas pregona,
¡Muestra al mundo del mártir la corona!...

*
**

Y tú, asesino vil en cuya frente
Obstentas el baldón con sangre escrito,
Recordando á la víctima inocente
Tiemb'la al oír de tu conciencia el grito:
Mira de Dios el dedo prepotente *
Que al señalarte dice: «¡estás maldito!»
Mas no trates de huir; ¡fiero homicida!
Que es tu verdugo ya, tu propia vida.

LEONOR RUIZ DE CARABANTES.

Valladolid, Diciembre de 1887.

(1) Leida pocas noches ha, en el teatro de la Comedia de Valladolid, con motivo de la representación del drama «*La Encubridora.*»